

About nothing

Alan García Ortega

About nothing

Alan García Ortega



Capítulo 1

Hace unos días, como ya es habitual, desperté sintiéndome cansado pese a haber dormido bien. Tenía sed, me dolía la cabeza y mis ojeras estaban más marcadas que la noche anterior. Habría sido fácil volverme a dormir, pero todos a mi alrededor hacen ruido desde temprano. Uno se acostumbra contra su voluntad. No, diríase más bien reacomodarse. El agotamiento después de dormir era común durante el semestre, cuando todavía existían las clases presenciales o cuando no debían mezclarse con la modalidad en línea. Era, y quizá siga siendo, el estado natural de un estudiante. Por eso, aún con dolor de cabeza, lo veo como un avance, sobre todo después de pasar las primeras semanas de cuarentena despertando, además de cansado, ansioso, muchas veces deprimido. Y por eso, también, me levanté aquel día sin mucho esfuerzo, como si hubiese recuperado, al menos un poco y sin razón aparente, la motivación para hacer algo, lo que sea.

Quedarse en casa es readaptarse; aceptar, o fingir que aceptamos, un cambio drástico y permanente en nuestras circunstancias. A veces, para algunos, es fácil. Sin embargo, cuando el futuro es confuso y uno tan miedoso, todo se complica, toma tiempo encontrar un soporte. Pero poco a poco, desde que empezó la pandemia, he ido adoptando una rutina de la misma forma en que se adoptan todos los hábitos: inconscientemente y más para aguantar que por placer. Me levanto, reviso los mensajes que no he contestado, me baño si no lo hice la noche anterior, bajo por café y me pongo a leer. Cosas pequeñas, sí, pero necesarias. De no hacerlas, termino en las redes sociales o alguna página de noticias –mi nuevo vicio– y la mañana se va al carajo.

El día del que hablo no fue distinto. Todo indicaba que las próximas horas pasarían con normalidad, sin contratiempos ni sorpresas. No podía quejarme, pues, en medio de una crisis, un día normal y repetitivo es casi un logro. Cosa rara: estaba de buen humor. Por primera vez en mucho tiempo, no me asustaba la idea de no tener nada que hacer.

Decidí ver una sitcom. Quería reírme no para sentirme mejor, sino para continuar el bienestar, como una actividad en vez de un remedio; y *Blackadder*, quizá por Rowan Atkinson, parecía una buena opción. Pese a ser considerada un clásico, la tengo en mis pendientes desde del año pasado. Recordé haber encontrado el primer capítulo en YouTube, pero ya no estaba cuando lo busqué. Terminé en Dailymotion, recordándome que estaba haciendo algo ilegal, desesperado incluso, aunque no necesariamente ilícito, pues a México nunca le ha interesado un humor tan lejano.

Pero supe a la mitad del capítulo que no era lo que quería ver. No me disgustó, al contrario; sólo prefería reírme de cosas, digamos, más

realistas, terminar con esa mueca donde se confunden el placer y la angustia. Pensé en *Peep Show* para ver, ahora sí legalmente, a Mark casándose con una mujer que ya no amaba, pero esa era mi rutina prepandemia y no tenía ganas de anacronismos. Opté por *The Inbetweeners*, otro de mis pendientes y que también había dejado tras el primer capítulo. Entonces no quería leer subtítulos, pero tampoco estaba preparado para el acento *lad* de los actores. Ahora mi oído estaba mejorando, así que decidí intentarlo otra vez.

Dieron la una. Me di cuenta de que todo lo anterior había sido una encrucijada, pérdida de tiempo para empezar a tomar sin parecer un alcohólico. Bajé por una cerveza; la primera, por cierto, que no me hizo sentir culpable, pues ya no había riesgo de escasez. La serví en un vaso, regresé a mi cuarto y puse el primer capítulo de *The Inbetweeners*. Durante los primeros minutos, otra vez, me costó entender lo que decían, pero me acostumbré rápidamente. Al hacerlo, empecé a reírme. No a reírme porque el patetismo de los personajes se parecía al mío ni pensando que ese momento era un paliativo; sólo a reírme, como no lo había hecho en varias semanas. Me involucré emocionalmente y, por un momento, me sentí libre. Supongo que, cuando uno está sufriendo, siempre ayuda ver a alguien vomitar sobre el hermano de la chica que quiere conquistar.

Recordé, entonces, un comentario que vi en un clip de *Seinfeld*. Decía –palabras más...– que esa serie es como un hogar, aunque el usuario no sabía bien por qué, y creo que eso aplica para toda sitcom. La conexión que tenemos hacia ellas es diferente a la que tenemos por una producción dramática; es más amistosa, casi inocente. Sus personajes, aunque exagerados, reflejan nuestro carácter y el de gente que conocemos. Las sitcoms que me gustan –las que valen la pena– requieren que el espectador vea sin observar lo que pasa en cada episodio, pues, si pensáramos mucho en ello, la gracia desaparecería. Es una realidad flexible y, por tanto, digerible. Tiene que serlo si quiere mantenerse en la línea entre lo cómico y lo trágico.

Y también está su fórmula: un lugar común que se mantiene por tres, cuatro, nueve temporadas. Todo es sencillo, estable, repetitivo, un soporte. Y sólo a eso, tanto en cuarentena como en la normalidad, podemos llamarlo un hogar.